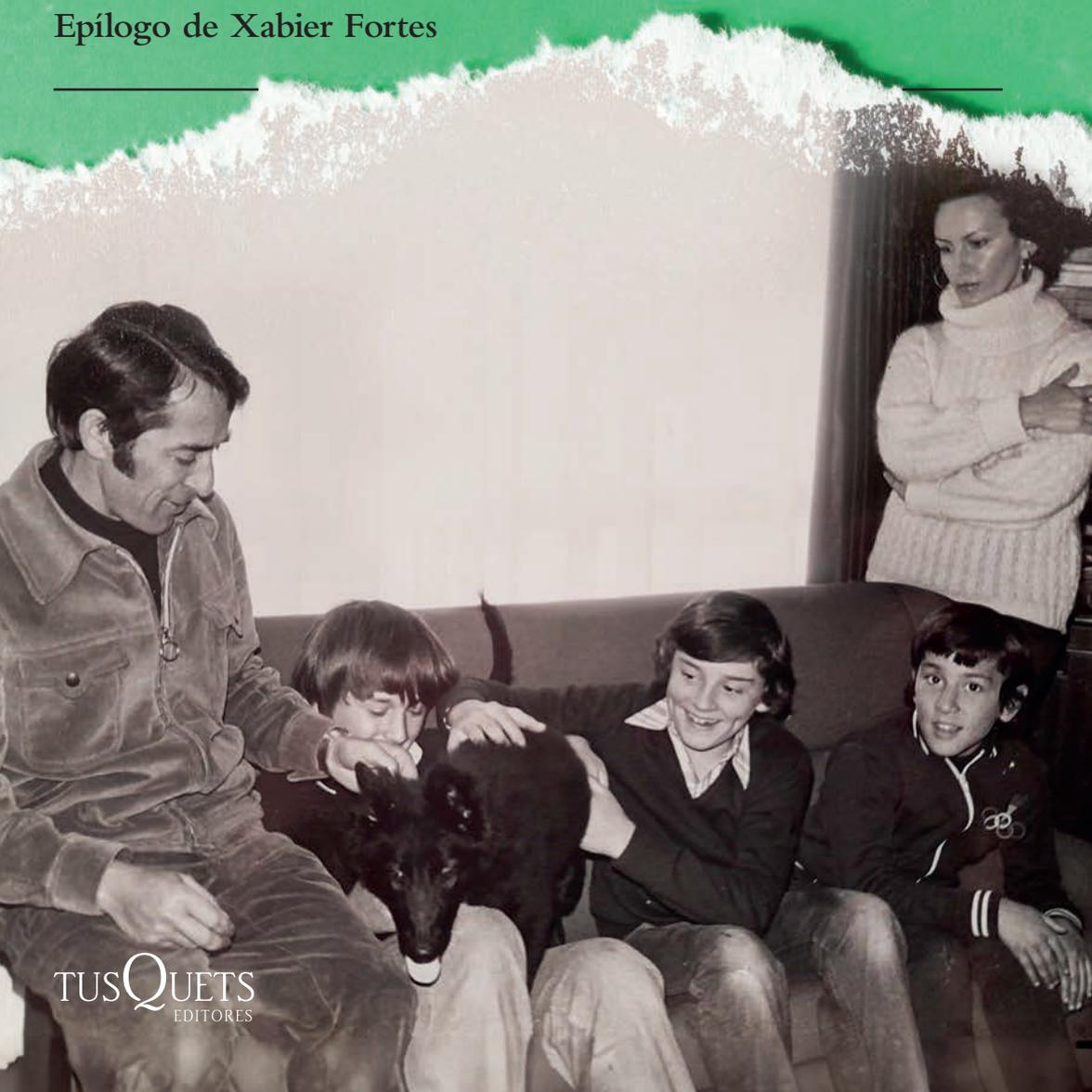


Xosé Fortes

# EN LA PIEL DE LOS HÉROES

Una conspiración democrática en el ejército franquista

Epílogo de Xabier Fortes



## Índice

La delgada línea roja . . . . .	15
Introducción: Cincuenta años después . . . . .	17
1. Años setenta: Tal como éramos . . . . .	21
2. El 25 de Abril y la aventura de la UMD . . . . .	31
3. Un año de clandestinidad . . . . .	47
4. Un año en prisión . . . . .	67
5. Rueda de prensa en París . . . . .	85
6. El consejo de guerra. . . . .	99
7. Una amnistía que no pasó de indulto . . . . .	117
8. Ruido de sables y el 23-F. . . . .	139
9. Diez años después . . . . .	161
Final: El papel de la UMD en la Transición . . . . .	179
Epílogo: Verano del 75, <i>por Xabier Fortes</i> . . . . .	187
<i>[Fotografías]</i> . . . . .	<i>[128-129]</i>

# 1

## Años setenta Tal como éramos

La década de 1970, aquellos años de ocaso de la dictadura, estuvo cargada de tensión. El mundo, Europa y, sobre todo, la sociedad española estaban cambiando tan profundamente que la dictadura franquista resultaba anacrónica.

Pese al aire institucional que en 1969 se pretendió dar al nombramiento de Juan Carlos como sucesor a título de rey, la dictadura seguía imperando en todos los ámbitos. Las libertades continuaban atenazadas por el siniestro Tribunal de Orden Público (el famoso TOP), y la libertad de prensa, pese a la Ley Fraga, seguía amenazada, como quedó de manifiesto con el cierre del diario *Madrid* en noviembre de 1971 o con las frecuentes suspensiones de revistas independientes como *Triunfo* o *Cambio 16*.

La actividad terrorista de ETA seguía manteniendo a la sociedad y al Gobierno en vilo. Con la intención de asestar un golpe definitivo a aquella organización, se celebró con gran despliegue publicitario un consejo de guerra en Burgos contra dieciséis de sus miembros en diciembre de 1970.

Aquel consejo de guerra, un acontecimiento de gran impacto político y castrense, provocó una gran agitación en las salas de banderas, pero también en toda Europa. Finalmente, pese al manifiesto de varios militares que pedían penas de gran dureza a tenor de los delitos, las presiones di-

plomáticas obligaron a Franco a condonar las penas de muerte. Lo que se había organizado como el juicio político contra la banda terrorista ETA terminó convirtiéndose en una profunda crisis de gobierno.

El atentado de ETA contra Luis Carrero Blanco, tres años después, en diciembre de 1973, mostró la fragilidad de un régimen basado en el poder personal del dictador. Y el garrote vil, aplicado por última vez en España, en marzo de 1974, a Salvador Puig Antich, un militante antifascista y libertario, volvió a subrayar la cara más siniestra de la dictadura.

Pese a todo, a medida que avanzaban los años setenta, la sociedad española experimentó un acusado cambio cultural y político. De un aparente apoliticismo en la década de 1960, en la que había aumentado significativamente el nivel de vida, los ciudadanos comenzaron a cuestionarse seriamente la dictadura y la falta de libertades. Fue como si los sucesos del Mayo del 68 francés hubieran alzado los telones que mantenían aislada la dictadura y se hicieran más visibles los ideales que iluminaban nuestro horizonte político. Ideales que podían resumirse en dos palabras: libertad y Europa.

Mientras esto ocurría en la sociedad, el cuerpo de oficiales experimentaba también cambios significativos. La mayoría de los «provisionales», los oficiales procedentes de la Guerra Civil, salvo los empleos superiores y los jefes de las grandes unidades, empezaron a pasar al retiro. Se habían incorporado en masa en 1936 y se retiraban de igual forma. A partir de 1971 comenzamos a ser mayoría en el escalafón los militares que proveníamos de la Academia General Militar.

Pero esta renovación sociológica no tuvo la traducción ideológica y política que cabía esperar. El franquismo había

calado demasiado intensamente en los oficiales salidos de la Academia General, en especial entre las primeras nueve promociones. Por consiguiente, buena parte de la oficialidad, alarmada por la deriva política de la sociedad española y por el ritmo de unos cambios sociales y culturales que eran incapaces de asimilar, comenzó a hacerse más beligerante y reaccionaria, como si regresáramos al más puro franquismo.

El abismo, cada vez más visible, que se estaba abriendo entre la sociedad de los años setenta y las fuerzas armadas, nos hizo comprender de forma palmaria a un amplio grupo de oficiales desperdigados por todo el país, el obstáculo que representaba nuestro propio ejército para la conquista de las libertades. Aunque no habíamos dado forma definitiva a nuestros ideales políticos, ansiábamos profundamente que España llegara a ser un país democrático y europeo; y que el ejército se transformara en una institución más profesionalizada y eficaz al servicio de la ciudadanía.

En aquel contexto, las salas de banderas fueron escenario de profundas tensiones entre la oficialidad. Tanto los oficiales «provisionales», muy marcados por la guerra, como los procedentes de la Academia General, a los que pesaba demasiado la mochila franquista, eran incapaces de comprender los cambios que se estaban produciendo en el país y, mucho menos, de adaptarse al paso de la democracia. Eran incapaces de imaginar una sociedad, siempre sospechosa, sin la tutela de las fuerzas armadas y, sobre todo, no podían imaginar unas fuerzas armadas que dependieran del Gobierno. Los oficiales demócratas, aunque éramos una minoritaria minoría, teníamos que recurrir a personajes libres de toda sospecha, como Winston Churchill, para defender tímidamente la democracia. Era, en efecto, el peor sistema de gobierno, a excepción de todos los demás.

Desde el punto de vista político se dibujaron con nitidez, a principios de los años setenta, tres tendencias en el seno de las fuerzas armadas.

Un grupo azul, reducido pero muy fanatizado, en el que destacaban los miembros de la División Azul, muchos de los cuales ocupaban altos cargos en el Movimiento, que mantenía estrechos contactos con lo que comenzaba a llamarse el «búnker», defensores a ultranza del Régimen del 18 de Julio.

Una aplastante mayoría que, siguiendo el consejo del general Francisco Franco («no meterse en política»), hacía gala de apoliticismo, pero no regateaba su admiración por las gestas del Caudillo, al que profesaba una «adhesión inquebrantable». Su ideario político se resumía en los Principios del Movimiento, que el futuro rey acababa de jurar solemnemente ante las Cortes. Después de Franco, las instituciones. Este conglomerado estaba a su vez dividido generacionalmente en dos grupos: los «provisionales», procedentes de la contienda de 1936-1939, y los formados en la Academia General a partir de 1942. Los separaba la edad y la experiencia bélica, y quizá una menor o mayor tolerancia hacia ciertas reformas políticas, pero los unía un franquismo visceral.

Y un tercer grupo, que nunca pasó de ser una pequeña pero influyente minoría, desencantado del franquismo o abiertamente antifranquista, de ideología democrática o socialdemócrata, preocupado por la transición pacífica hacia un régimen de libertades y justicia social y, al mismo tiempo, por la integración en Europa. El germen de este grupo estaba formado por titulados universitarios, diplomados de Estado Mayor y algunos miembros procedentes del grupo Forja que habían abandonado sus creencias religiosas.

Forja había nacido en 1951 a la sombra de un colegio

subvencionado por el Frente de Juventudes, preparatorio para el ingreso en la Academia General, fundado unos años antes, en 1947, y dirigido por dos personajes de acusado perfil: el joven capitán Luis Pinilla, hijo del laureado defensor del cuartel de Simancas (Gijón), un hombre de profundas convicciones éticas, casi mitad monje, mitad soldado; y el padre Llanos, que procedente de un falangismo idealista terminó militando en el Partido Comunista de España (PCE), y realizó una excepcional labor humanitaria en Vallecas, en el Pozo del Tío Raimundo.

El profesor Pinilla tenía aspiraciones más ambiciosas que la simple formación de alumnos para el ingreso en la Academia General. Quería formar, en el sentido más utópico del falangismo inicial, «hombres». Para ello siguió manteniendo contacto con sus exalumnos, cadetes y oficiales preparados en su colegio, a través de una organización católico-castrense, Forja, surgida en una de las reuniones veraniegas de los miembros del colegio celebrada en Coca (Segovia) en 1951. La entrada en la organización, que tenía dos niveles de militancia o compromiso —los miembros de Forja y los Legionarios de Cristo—, se realizaba mediante un rito iniciático que recordaba al de las órdenes militares.

En el año 1955, debido a desavenencias con el Frente de Juventudes, Pinilla abandonó el centro y fue sustituido por Ángel Campano, que ya apuntaba un perfil ultra. Pero Pinilla no era hombre fácil de doblegar y al año siguiente fundó un nuevo colegio, desligado ya del Frente de Juventudes, con el nombre de la singular y semiclandestina asociación militar: Forja.

Aunque el colegio y la asociación fueron disueltos tres años más tarde por orden del ministro y del vicario general castrense, los lazos de camaradería perdurarían, mantenién-

dose todavía relativamente vivos al fundarse la Unión Militar Democrática (UMD).

Un pequeño grupo de exmiembros de Forja, muy pocos, pero muy influyentes, como Julio Busquets o Jesús Martín-Consuegra, terminarían desempeñando un papel destacado en la fundación de la UMD. El trasvase de Forja a la UMD no era fácil, dado que la mayoría de los miembros de Forja estaban marcados a fuego por principios confesionales, muy alejados del Ideario laico de la UMD. El dogma siempre ha sido una venda que impide desarrollar el sentido crítico.

Para comprender las diferencias entre el núcleo duro de Forja, entre los que podríamos incluir a Miguel Alonso Baquer, Fernando Sequeiros, Mariano Ruiz Nicolau, Santiago Bastos Noreña, Javier Calderón, Florentino Ruiz Platero o Pedro Fernández Orbe, la mayoría de los cuales terminaron incrustándose en los servicios de información, y los miembros que participaron en la fundación de la UMD, como Julio Busquets, Jesús Martín-Consuegra o Restituto Valero, basta recordar que aquel grupo, además de estar marcado a fuego por el nacionalcatolicismo (cuando Javier Calderón asciende a general, impone su fajín a la virgen de su pueblo), tenía un perfil extremadamente conservador. Hasta el punto de que algunos de sus miembros, destinados en el Alto Estado Mayor, formarían parte activa de un gabinete de estudios llamado Gabinete de Orientación y Documentación, S.A. (GODSA), fundado en 1973, a cuyas filas Calderón intentó sin éxito incorporar a varios miembros de Forja, como Martín-Consuegra, o Restituto Valero. GODSA sería el germen de Alianza Popular (AP), y tenía como objetivo por aquellos años apoyar la candidatura de Manuel Fraga a la presidencia del Gobierno, lo que explica que cuando José María Aznar accedió a ese cargo en 1996, repescara a Cal-

derón, ya retirado, para dirigir el CESID. Tanto Fraga como Aznar tenían un perfil demasiado autoritario para contar con el apoyo de un oficial demócrata, como pretende dibujarse a sí mismo Javier Calderón.

De todos modos, y al margen de Forja, el antifranquismo castrense y la conversión a la democracia se fueron gestando de forma progresiva, sobre todo desde el Mayo del 68, hasta que fundamos la UMD en 1974.

Aunque el paso por la universidad, las lecturas (el fascismo se cura leyendo, como entonces decíamos) y las relaciones con la sociedad civil fueron elementos determinantes para el cambio de piel, la persecución militar por razones políticas no fue menos importante.

Julio Busquets ha contado en varias obras y artículos el calvario que le supuso la publicación de su tesis doctoral, *El militar de carrera en España*. El propio Calderón hace referencia (*Algo más que el 23-F*) a la persecución que sufrió por parte del jefe del SIBE, José María Sáenz de Tejada, convencido de que era un peligroso comunista. Yo mismo sufrí varios arrestos, e incluso más de dos meses de detención en mi domicilio, con escolta policial, por mi defensa pública de la ideología democrática y por mi «Introducción» al libro de Eric Christiansen, *Los orígenes del poder militar en España*, que había publicado Aguilar en 1974.

Pero el abanico de experiencias que nos fueron alejando del espíritu de la «Cruzada» y acercando a posiciones democráticas fue de lo más variopinto. Mi compañero de la UMD, Enrique López Amor, huérfano de guerra (su padre, capitán, había sido fusilado en 1936 al fracasar el levantamiento en Barcelona), suele contar una ilustrativa anécdota que le ocurrió haciendo un curso de especialización en Estados Unidos, al que asistían oficiales de casi todos los países europeos.

El día de entrega de despachos, la escuela organizó, como era costumbre, una pequeña fiesta para tratar de aproximar a los cursillistas a la sociedad americana, al *American Way of Life*. En pleno cóctel se le acercó una mujer alta, esbelta y muy atractiva que le dijo:

—Así que es usted el capitán del ejército de Franco.

A lo que Enrique contestó, mosqueado:

—Señora, se equivoca. Soy el capitán del ejército español.

—Por favor, no se ofenda, pero tampoco se equivoque. Usted es un capitán del ejército de Franco.

De este modo fue como Enrique comenzó a pensar por su cuenta, lo que le llevaría a estar presente en la asamblea fundacional de la UMD.

Las tensiones que agitaron el cuerpo de oficiales a comienzos de los años setenta terminaron provocando una proliferación de servicios de información militar. Hasta tal punto que el ejército terminaría convirtiéndose, como pone de manifiesto Fernando Rueda, en un nido de espías.

Además del tradicional Servicio de Información del Alto Estado Mayor, relativamente profesionalizado, se creó el Servicio Central de Documentación (SECED) de la Presidencia del Gobierno, que llegó a ser, en manos de José Ignacio San Martín, una embrionaria y peligrosa Gestapo, en la que trabajaban más de doscientos militares. Se activó asimismo el Servicio de Información Bis del Ejército (SIBE), que dirigió de forma implacable el teniente coronel Sáenz de Tejada, miembro del Opus Dei. Este servicio sería el responsable de múltiples persecuciones de militares, del arresto y expulsión de cuatro alféreces en la academia de infantería de Toledo en 1973 y, más tarde, de nuestras propias detenciones. Los alféreces alumnos Faustino Canga, Mario Fayos, Francisco García y Juan Vázquez fueron sometidos

a un consejo de disciplina, las vísperas de terminar el curso, y fueron expulsados de la academia por cuestiones tales como leer la revista *Cuadernos para el Diálogo*, relacionarse con universitarios y tener inquietudes sociales. Una de las acusaciones es más explícita, «haber perdido la fe pese a seguir siendo cristianos», y nos remite al nacionalcatolicismo reinante.

El Alto Estado Mayor estaba dirigido por el teniente general Manuel Díez-Alegría, al que secundaba Manuel Gutiérrez Mellado. El ensayo de Díez-Alegría titulado *Ejército y sociedad*, publicado por Alianza en 1970, había llamado poderosamente la atención de civiles y militares. El presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, lo destituyó abruptamente en junio de 1974 a raíz de un viaje autorizado a Rumanía. Nunca se explicitó el motivo. Los rumores iban desde que se había entrevistado en aquel país con Santiago Carrillo, cosa que no ocurrió, hasta que estaba recibiendo por correo numerosos monóculos, en alusión al general portugués António de Spínola.

En los años setenta comenzaron a adquirir protagonismo en el Servicio del Alto Estado Mayor un grupo de oficiales procedentes de Forja, entre los que cabe destacar a Javier Calderón, Ruiz Platero, Juan Ortuño, José Faura, José Luis Cortina y otros, la mayoría de los cuales terminaron engrosando el SECED, luego Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) y finalmente Centro Nacional de Inteligencia (CNI).

Pero lo que más influyó en el posicionamiento político de la oficialidad española fueron dos acontecimientos de alcance internacional: el golpe de Estado de Pinochet en Chile, en septiembre de 1973, y la Revolución del 25 de Abril de 1974 en Portugal.